

LOS SINTOMAS DEL MILAGRO ALEMAN

(I) CULTURA, SOCIEDAD Y ECONOMIA

«Fiat 128, der Untermittelklassewagen». La traducción de este anuncio puede servir para dar una orientación sobre la sociedad alemana: «Fiat 128. El coche de la clase media-baja». Verdaderamente se necesita una mentalidad muy específica para que esta redacción publicitaria no constituya una falta grave para su conceptor. Todo lo contrario, en la República Federal Alemana es perfectamente válida. Porque contiene el grado de precisión que el ciudadano medio exige y, sobre todo, porque introduce la conciencia de clase con el matiz suficiente. En el resto de los países del mundo parece inconcebible que persona alguna pueda identificarse espontáneamente y de buen grado con la clase media-baja de modo específico, o bien que ninguna casa de automóviles no quiera enfatizar aspectos de brillantez que confieren «pseudo-status» como para relegar la decisión de compra a quienes espontáneamente se sientan identificados con un segmento tan determinado de la «sufrida» clase media.

ORDEN Y UNIFORME.—Este ejemplo puede ser, por lo significativo, introductorio al tipo de sociedad de la Alemania del «milagro», que en el año 27 de la derrota militar constituyen sus sesenta millones de súbditos. Una comunidad con un grado muy característico de estratificación, en el que no sólo las clases sociales, sino factores de prestigio y «status», tienen una importancia determinante a la hora de definir unos «patterns» de comportamiento sociológico. El famoso y mítico «orden» alemán que tanto prestigio ha dado a sus ciudadanos y en el que la interpretación popular en todo el mundo basa sus espectaculares «milagros» económicos (olvidando que el mismo «orden» le llevó a dos espectaculares y dramáticas derrotas militares en veinticinco años), hay que decir que sí está presente. Un orden establecido —y sobre todo indiscutido— y que está informando a las estructuras sociales en forma de una jerarquización rígida, en la que el

sentido de autoridad es palpable e indiscutido. Un funcionario público, aunque vaya de paisano, es una autoridad y, por tanto, indiscutida. No se hable ya si alguien viste uniforme —sea conserje de hotel, revisor de ferrocarril o contraalmirante de la Armada—, que produce un respeto sacral. El que es autoridad tiene un determinado poder de mando, da órdenes o, a su vez, se limita a cumplir órdenes, salvoconductos de un Orden, con mayúscula, que preside todo en la Bundesrepublik. Algo tan habitual en España como la reclamación-que-degenera-en-bronca en un restaurante, en Alemania produce estupor y escándalo. Nadie

concede que el servicio pueda ser insatisfactorio, porque las cosas, los servicios, las personas, en principio deben funcionar. «Ordnung muss sein» («Tiene que haber Orden») es una máxima popular que repetida insaciablemente y que, en según qué contextos, adquiere un regustillo autoritario de reciente infausta memoria.

Esto, si bien tiene la ventaja no despreciable de que las máquinas, las instituciones, los transportes públicos, la administración esencialmente funcional —lo cual para nosotros quisiéramos los países latinos, aunque fuera a medias—, no deja de ofrecer sus aspectos agobiantes. El pesado engranaje

burocrático, el formalismo de gestión y otras virtudes germánicas acaban convirtiéndose en algo como opresor e inhumano. Evidentemente, la imaginación no está en el poder en Alemania, y esto pesa. Pesan los uniformes, como dijimos, en una sociedad terriblemente uniforme. Así, por ejemplo, las ciudades, en gran parte destruidas en la guerra, tenían la oportunidad urbanística de su reconstrucción moderna y con características específicas. Sin embargo, no hay nada más desilusionante que recorrer una docena de ciudades importantes de la República Federal y encontrarse con módulos urbanísticos muy simila-



Manifestación en Essen de trabajadores alemanes e inmigrantes.



Reivindicaciones en alemán y español. Un fenómeno reciente.

GUILLERMO LUIS DIAZ-PLAJA

res, amén de la falta de variedad que supone que las estructuras comerciales funcionen a base de grandes cadenas. Así, uno no sólo encuentra en cada centro cívico-comercial los mismos grandes almacenes Kaufhof, Hertie, Neckerman; sino también las mismas casas de café Eduscho, zapatos Salamander, restaurantes Wienerwald, cervecerías Löwenbrän, etcétera.

EROS E IMAGINACION.—Y no sólo éstos, sino, como de la uniformidad, también una red de Sex Shops: dos grandes cadenas, Beate Uhse y Doctor Müller, están presentes en muchas de las ciudades, en sus calles principales, en medio del comercio más normal. Con un aire aséptico y aburguesado y desprovistas de cualquier misterio y picardía, su entrada libre deja paso a todo tipo de ciudadanos, sin distinción de sexo, edad (más de dieciocho años), clase social o condición. Esta aparentemente buena desacralización del mundo del sexo se derrumba cuando se penetra en el local y se contempla la gama de artículos que en él se exhiben y

expenden. Baste decir que se exhiben más que se expendan y que el jubileo de potenciales clientes se va con las manos vacías tras la contemplación de pornografía más o menos «hard-core», tratados totalmente acientíficos de ilustración sexual y catálogos más ilustrados de fantasías. Pero lo que más sorprende en este racionalista país es la colección de afrodisíacos: desde el «long-play» hasta los perfumes e incensos, pasando por los líquidos, todos los sentidos reciben su correspondiente complemento de ayuda, incluidos los artilugios y artificios más o menos antropomórficos, pasando por vestimentas picantes que están también clasificadas en el departamento de Hilfsmittel o «medios auxiliares». Una breve visita a este museo de los horrores es suficiente para una depresión o una sonrisa, acompañada de jaculatoria a Wilhelm Reich, mientras no se pregunta la relación que tendrá esto con la liberación sexual.

A todas éstas, olvidaba decir, la sociedad alemana no necesita acudir a locales especiales para contemplar lo que antes se llama-

ba pornografía. Todos los quioscos de todas las ciudades alemanas exponen una batería de cuerpos femeninos correspondientes a portadas de casi todas las revistas. Pero no se trata sólo de las revistas que podríamos llamar eróticas —o de modo «camp», «atrevidas»— que, como veremos, las hay. No, no, cualquier publicación semanal o mensual acude con regularidad al desnudo femenino como estandarte de su publicación, aunque dentro contenga las matanzas de Vietnam, el Sínodo de Obispos o Willy Brandt en el Parlamento. Esta invariable regla es cuando menos un síntoma que se presta a reflexiones sobre los empresarios de prensa y la sociedad que los exige/acepta. Naturalmente, existe, además, un «boom» de publicaciones «sexy», que van desde «Er», con un pseudo-buen gusto a imagen y semejanza de «Playboy»/«Lui» —con todo el chauvinismo masculino que comporta— hasta la chabacanería más rastretra representada por la prensa de «St. Pauli». Este barrio de «vida alegre», cabarets y prostitución (donde se acaba de inaugurar una

casa de prostitución masculina), de Hamburgo, es un auténtico mito del «pikant» germánico, y una serie de esa prensa lleva su nombre. Varias editoriales hamburguesas editan varios de esos periódicos: «St. Pauli Nachrichten», «St. Pauli Nacht-revue» o «St. Porno», entre más de una docena de títulos con tiradas que oscilan entre los 250.000 y el millón de ejemplares. Además de toda clase de iconografía, contienen secciones de anuncios por palabras, donde se pueden encontrar las ofertas/demandas eróticas.

Completa el retablo el cine. En las principales capitales alemanas actualmente sería difícil encontrar una en la que no se proyecte regularmente cine porno. Con o sin pretensiones de calidad, con o sin amores lesbicos, con o sin homosexualidad, con o sin sadismo, con o sin vampiros, la programación de uno o varios cines incluye este tipo de obras de arte. La misma asiduidad programadora se encuentra respecto a los «spaghetti-western», cada vez más subproducto de sí mismos, pero cada vez más omnipresentes

LOS SINTOMAS DEL MILAGRO ALEMAN

en las carteleras germánicas. En franca minoría o ausencia, los films de calidad, de autor, de festivales, por no hablar de vanguardia o «underground», sólo en ciertos cine-clubs universitarios.

Sería injusto no hacer constar tres pilares sólidos de la vida cultural alemana: las librerías, los teatros y la música. Es evidente que el número de librerías y la cantidad y calidad de las publicaciones que se encuentran en ellas es un hecho incontestable, y que por sabido no merece más que dejar constancia. En cuanto al teatro y la música, rara es la ciudad, sobrepasando los 50-100.000 habitantes, que no tenga su teatro municipal con su temporada y repertorio de una cierta calidad. Lo mismo podría decirse de los conciertos y la ópera y ballet, que tienen cantidad de compañías, orquestas, conjuntos, que dan una vida extraordinariamente activa, que no se queda tan sólo en las dos o tres grandes ciudades. Ahora bien, la asistencia a los espectáculos culturales sigue siendo en Alemania un fenómeno de formalismo social. No sólo porque el alemán provinciano va endomingado y un tanto acartonadamente vestido, sino porque hay un tanto de rito-rutina en la asistencia, que configura todo una audiencia, bordeando un cierto «establishment» pequeño-burgués que, a su vez, determina una programación tradicio-ritual, que incluye, año tras año, invariablemente, «Don Giovanni» o «Cosi fan tutte», en ópera; «Carmina Burana», de Orff, en música, y, por lo menos, dos o tres Brecht, en teatro. Es curiosa la pseudo-recuperación del autor marxista para regocijo y buena conciencia de la archicapitalista café-society de la República Federal. Eso implica una cierta impermeabilidad de módulos culturales: el medio mensaje.

DOS MILLONES DE EXTRANJEROS HUESPEDES.—Y hablando de cine, rara es la ciudad alemana en 1972 que no tenga algún local que proyecte cine en turco, en griego, en italiano, en alguno de los idiomas de Yugoslavia, en castellano. Público no les falta: pasan de los dos millones los trabajadores extranjeros en la República Federal.

La presencia de esa numerosísima colonia es un fenómeno de una importancia socioeconómica y política extraordinaria en la Alemania de los años sesenta y setenta. Cuando el «boom» económico de posguerra maduró, empezó a desbordar los cauces demográficos, que ya habían sido ampliados con los fugitivos de la Alemania del Este. Al cerrarse las fronteras, la oferta de mano de obra encontró su solución en masas de

trabajadores que huían del paro y de las condiciones miserables de trabajo inicialmente en el «mezzo-giorno» italiano. Posteriormente se añadieron los españoles, los griegos. Y, más tarde, yugoslavos y turcos, que han pasado a la cabeza, con 467.800 y 424.200 emigrantes, respectivamente. El quinto lugar lo ocupan nuestros 183.000 compatriotas, detrás de italianos y griegos (404.000 y 261.000, respectivamente) (1).

De ser puros instrumentos de la producción en manos de los empleadores, como al principio se pretendía, la sociedad tiene que empezarlos a considerar como algo más —aunque sea a disgusto de muchos—. Su presencia física es una evidencia tal en todos los medios, que hace falta ser un ciego cívico para no aceptarla y pretender soslayar esa realidad. Este es uno de los problemas clave que tiene planteada la sociedad alemana: dos millones de trabajadores que les sirven, nada menos, que para hacer marchar la complicada maquinaria de su industria y sus servicios, pero otros tantos seres humanos a los que se les niega y recorta sistemáticamente derechos cívicos y políticos. Ciudadanos de categoría inferior, segregados, controlados, discriminados. Los tra-

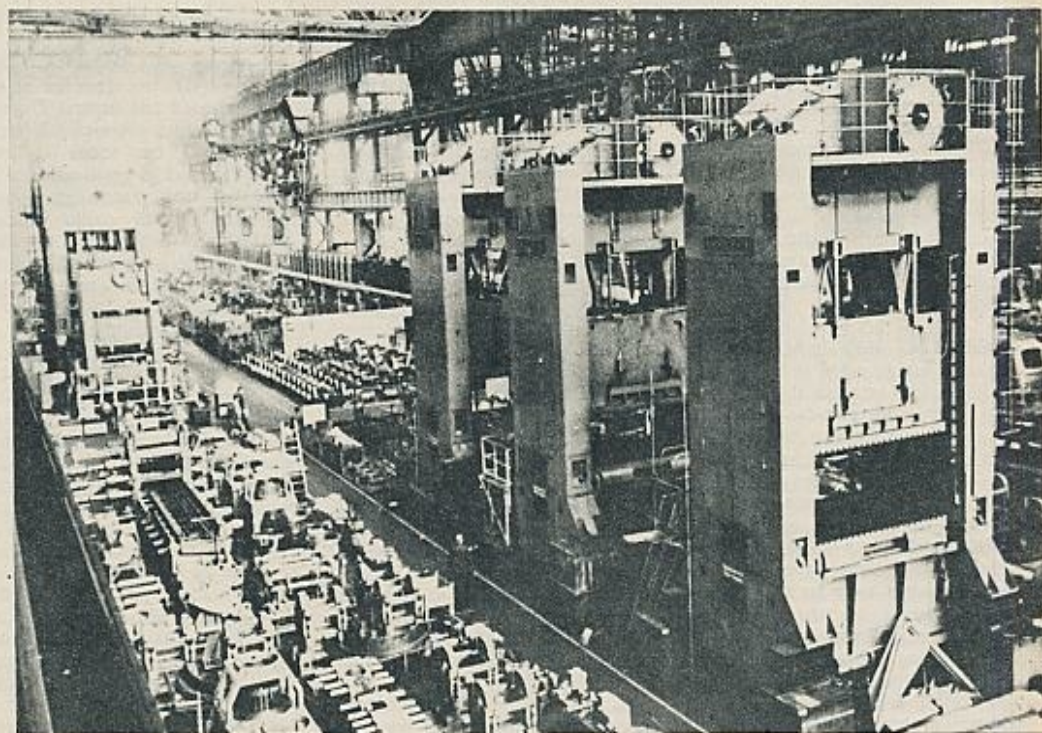
(1) Datos estadísticos oficiales. «Ausländische Arbeitnehmer in der Bundesrepublik», 1971.

bajadores extranjeros aguantan condiciones laborales duras, a cambio de un salario, que aumenta su valor si se tiene la vista puesta en sus cuentas de ahorro en Bancos de Ankara, Palermo, Salónica, Orense o Zagreb, y pensando en un retorno que tarda mucho más de lo que imaginan. Mientras tanto sufren en carne propia el ser el subproletariado de una nación rica, cuya prosperidad les debe mucho más de lo que les paga. Naturalmente, salarios y seguros sociales sindicales son teóricamente iguales a los de los alemanes. También lo son los impuestos, que van a sufragar unas infraestructuras que ellos apenas van a disfrutar. En cuanto a salario, como regla general, suelen ser los más bajos, por ocupar los puestos de menos cualificación, e incluso inferiores a igualdad de categoría laboral con el obrero alemán. Para las relaciones con los jurados de empresa y enlaces sindicales, la barrera del idioma, el desconocimiento de los derechos laborales pueden más que todas las teorías igualitarias.

«Alemania no es un «einwanderungsland» (país de inmigración), me dicen los altos funcionarios del Ministerio de Trabajo. Lo fórmula se oye hasta la saciedad en medios oficiales, que intentan justificar el magno sofisma con argumentos como la provisionalidad de intención de permanencia de los inmigrantes o la

coyunturalidad económica. Tanto la apoyatura subjetiva como la objetiva no se sostienen: el mínimo análisis demuestra que es difícil, por no decir virtualmente imposible, que la aventura inmigratoria tenga sentido, económicamente hablando, más que con una permanencia prolongada. Las estadísticas demuestran que la media de permanencia aumenta. De cinco a siete años. Es frecuente quien lleva diez y doce años. Pero esta provisionalidad, creadora de un clima de inseguridad económica, jurídica, es beneficiosa; provoca retornos —que luego se demuestran prematuros: el ahorro no basta, sigue sin haber trabajo en el país de origen, etcétera—, una cierta renovación, la llamada política de rotación. En cuanto a la coyunturalidad, es difícil hablar de ella cuando se mantiene la misma tendencia expansionista y constante desde hace más de diez años, con inversiones cuyo volumen da un carácter de irreversibilidad a los puestos de trabajo y la dinámica multiplicadora que engendran. Pero mientras se mantenga esa tesis de la provisionalidad, los extranjeros siguen siendo puros residentes, y no adquieren derechos; su precariedad cívica puede truncarse al menor asomo de crisis, siempre tienen que depender del «stämpel», el sello que la Policía pone —o no— en su pasaporte, y

Factoría Krupp, en Essen.



que les garantiza un período más de permanencia.

El grueso de la sociedad alemana sigue queriendo ignorar la compleja problemática que dimana de estos dos millones de «Gastarbeiter» —trabajadores huéspedes, según el significativo eufemismo acuñado—. Sin embargo, la conjunción de las exigencias de los núcleos más conscientes entre españoles e italianos, sobre todo, y una cierta opinión pública alemana —sociólogos, periodistas, universitarios, grupos políticos— han dado últimamente unos toques de atención para intentar hacer ruborizar a doña Buena Conciencia Alemana. Es evidente que a niveles puramente de «welfare state» las instituciones funcionan —y, por supuesto, mejor que en España—: seguros sociales —enfermedad, accidente, invalidez, etcétera— y en ese sentido, de modo general, no puede haber queja. También las organizaciones confesionales —fundamentalmente Cáritas— cumplen una misión asistencial importante. Pero si se enfoca con una óptica más profunda, que quiera analizar —y, por tanto, sobrepasar— el nivel de actuación benéfico-caritativa, la cosa cambia. A nivel de derechos, de posibilidad, de exigir, de organizarse, de ser alguien y no un subalguien frente a una sociedad y unas instituciones pensadas para la explotación, el control represivo, las dificultades son enormes. Máxime cuando a los primeros intentos de resistencia organizada, de acciones reivindicativas, peticiones razonadas, ha surgido el escándalo. Como el alguacil dickensiano se escandaliza en la inclusa cuando el pequeño Oliver Twist osa reclamar más sopa, todo un «establishment» ha tirado con fuerza de la señal de alarma para que el tren de la «permissividad» se detenga inmediatamente. Así, vienen el control y la represión, y han surgido las campañas con tufillo xenóforo a cargo, cómo no, del «Bild-Zeitung», de Springer, y se ha intentado modificar una «Verfassungsschutzgesetz» —Ley de Protección de la Constitución— ya bastante dura, hoy en el sentido de que se ate corto a los extranjeros. Los derechos de reunión y asociación política —que muchas veces, salvo en Italia— les son negados en su país de origen, se pide que sean reducidos al mínimo.

UN MUNDO MEJOR.—Mientras tanto, las potentes centrales sindicales, que en muchos aspectos —vaya por delante— para nosotros quisiéramos aquí, son como en el caso suizo una burocracia, efectiva, sí, pero conciliante, reformista, negociadora. En la República Federal no existe como



Alemania no es un «einwanderungsland», un país de inmigración, dicen los altos funcionarios del Ministerio de Trabajo. Esta fórmula se oye hasta la saciedad en los medios oficiales... En la foto, salida de una fábrica.

en la Confederación Helvética de la Paz del Trabajo. Pero aquí se llama la Paz Social. Existe una nominal Mitbestimmung (Cogestión) y los convenios tarifarios son discutidos con la patronal. Y si ésta dice que este año las cosas han ido mal, se acepta el bloqueo de salarios. Hay un ambiente de convenio colectivo y huelgas impensables, impensadas, una falta de puesta en cuestión, una aceptación explícita del sistema: con sus salarios bajos —como veremos más adelante—, con sus ritmos de cadena y destajos fortísimos y con los extranjeros que han venido a sacar las castañas del fuego y a promocionar a la clase obrera alemana. Con este espíritu sindical —que aunque pueda tomar medidas para paliarlo, frente al problema de los «Gastarbeiter» no ha tomado una posición global de enfrentamiento— no es de extrañar que el I. G. Metall sacase su «slogan»-maestro para el primero de mayo de este año: «Por un mundo mejor». Que venga el padre Lombardi y lo vea.

En este contexto avestruil se pueden entender las declaraciones del dirigente I. G. Metall, Eugen Loderer, al Spiegel, hablando no ya del nivel de vida, sino de la calidad de vida, ese sustitutivo para cuando ya se ha alcanzado la cumbre del bienestar. Naturalmente se muestra preocupado por la polución, el tráfico, la Naturaleza. La Ecología como «slogan» sindicalista en un mundo laboral con dos millones de subproletarios hace pensar en el «poster» que editó un grupo estudiantil alemán. Un anuncio de la Deutsche Bundesbahn —los ferrocarriles alemanes—, que preconizaba

su seguridad en invierno frente a la carretera y el avión, que representaba una locomotora avanzando entre la nieve. Sustituyéndola por las cabezas de Marx, Lenin y Mao, el «slogan» cobraba otra dimensión: «Todos hablan del tiempo. Nosotros, no».

Lo curioso de esta situación de conformismo sindical —a distancia del inglés, no se diga del francés, y muy lejos de la combatividad del italiano— es que no sólo es grave respecto a la situación de los emigrantes. La clase obrera alemana tiene un tratamiento salarial extremadamente bajo, habida cuenta de la estructura económica de un país rico como la Alemania de hoy. Naturalmente no resiste la comparación con nuestro país; es frecuente que el emigrante gane en una semana lo que en España en un mes. En el año 1969, el 80 por 100 de todos los trabajadores tenían unos ingresos netos inferiores a 800 marcos. Y sólo 0,9 por 100 de los trabajadores tenían ingresos superiores a los 1.200 marcos. No se conoce en las estadísticas ningún trabajador que sobrepase los 1.800 marcos. Mientras que bajo la cota de 600 marcos están el 44 por 100 de los trabajadores, sólo el 34 por 100 de los empleados y el 6,6 por 100 de los funcionarios públicos ganan menos de esa cantidad. A la inversa, sólo 0,9 (que en números redondos son 100.000 trabajadores) sobrepasan los 1.200 marcos, mientras que en los empleados llegan el 15,4, y en funcionarios, el 35 por 100 a este salario.

La tabla que se publica en esta página puede darnos idea exacta de la distribución de renta en la

Ingreso neto/mes	Total asalariados	%	Obreros	Empleados	Funcionarios
Menos de 150	1.097.000	5	5,9	4,9	0,0
De 150 a 300	1.524.000	7	8,2	7,0	0,6
De 300 a 600	5.307.000	26	29	22,3	5,8
De 600 a 800	6.280.000	30	36,7	21,7	16,4
De 800 a 1.200	4.939.000	24	18,7	28,4	41,8
De 1.200 a 1.800	1.304.000	6	0,9	11,3	26,5
De 1.800 en adelante	442.000	2	0,0	4,4	8,7

República Federal Alemana, según su Anuario de estadísticas oficiales.

Las conclusiones que extrae el profesor Harry Gräser en su estudio publicado en las Blätter für Deutsche und Internationale Politik son perfectamente válidas e ilustrativas:

1) «La estructura... de la división de rentas es en desventaja de los asalariados...» 2) «... una clara diferenciación de los ingresos, según la posición social del asalariado en nuestra sociedad. El grupo de los detentadores de más altos ingresos se encuentra entre los capitalistas, seguido de los profesionales liberales, los industriales, los funcionarios, los empleados y los obreros». 3) «Contrariamente a los trabajadores por cuenta propia, los asalariados forman un grupo de homogeneidad relativamente fuerte. Especialmente los trabajadores, este es el caso, en el año 1969, con más del 99 por 100, con ingresos inferiores a 1.200 marcos». 4) «El argumento corriente y siempre repetido de que los salarios de los obreros sean equiparables a los de empleados y funcionarios e incluso más altos no se puede sostener».

Las estadísticas de 1969 sobre las que ha trabajado el profesor Gräser no son en absoluto desmentidas por las de 1971, que confirman básicamente los segmentos de renta: el 56,3 por 100 (contra el 68 de dos años antes) de los trabajadores ganó menos de 800 marcos. Y aún un 10,7 por 100 estaban en menos de 300 marcos (contra 12 en 1969). En cuanto a los trabajadores por cuenta propia, su grupo más importante gana 1.800 marcos mensuales (casi un 33 por 100) y un 20 por 100 gana 1.200. En las alturas, la pirámide de rentas se afila: las 34 primeras fortunas alemanas (en 1968) se calculó que ganaban tanto como los veintinueve mil obreros de la metalúrgica Thyssen Hütte. El año 1966 fueron censados por las estadísticas de Hacienda alemanas 15.404 millonarios, que representaban al 3,3 por 100 de los propietarios del capital, con 50.000 millones de marcos. El 1,7 por 100 de los ciudadanos controla el 74 por 100 del capital productivo.

En el último festival de Berlín ha causado un cierto revuelo el film «Liebe Mutter, mir ghet es gut» («Querida madre, estoy bien»), del joven director Christian Ziewer, que muestra, para pasmo y escándalo de la sociedad alemana, las condiciones reales de un obrero alemán, sus problemas en la empresa, sus relaciones con el patrono, con los compañeros, con los «betriebsräte» (consejeros de empresa) y los

LOS SINTOMAS DEL MILAGRO ALEMAN

enlaces sindicales, su lucha contra el «akkord» (destajo) y su solución: la huelga salvaje. Enlazando con una tradición de cine obrero, interrumpido desde que Bertolt Brecht hizo un guión para Slatan Dudlow en 1932. Sin tratarse del cine revolucionario «underground» que preconiza el Godard-post-mayo, sería un cierto obrerismo-verité con suficiente distanciamiento brechtiano para hacerse reflexionar sobre las bases de la sociedad de la abundancia alemana.

LA MUJER, ENTRE LA DISCRIMINACION Y EL MatriarCADO.—Esta es una muestra de cómo unas minorías en el cine,

des de renta que hemos señalado, habría que hacer notar el sistema educativo, que va tamizando y filtrando en franca desigualdad de oportunidades, hasta conseguir un porcentaje mínimo de hijos de obreros que lleguen a la Universidad. Lo mismo cabría decir sobre la situación de la mujer. Empezando porque con ella se vulnera sistemáticamente —como con los «gastarbeiter»— el principio de «a trabajo igual, salario igual» —así, el 88 por 100 de todas las trabajadoras tenía un salario de menos de 600 marcos, y el 30 por 100 de menos de 300—. Un trabajo reciente (2) de sociología comparada sobre la situación de la mujer en las

Real y Berufsfachschulen —en un 52 y 75 por 100—; se trata de escuelas profesionales intermedias, de tipo secretariado, comerciales, auxiliares. En los Gymnasien —Bachillerato para la Universidad— ya baja a un 42 por 100, y en las Escuelas Superiores Científicas, a un 22 por 100. Empiezan la Universidad un 25 por 100. La proporción de hijas de obreros: 1,7 por 100.

En la RDA (República Democrática Alemana), el 80 por 100 de las chicas va a las Escuelas Superiores Politécnicas. En las Escuelas Superiores, la proporción es de un 33 por 100. Y el año 68 había alcanzado la proporción de estudiantes universi-

Cámara baja, el 6,7 por 100 (contra el 32,6 en la RDA). En cuanto a su sindicación —entre nueve millones de mujeres que trabajan—, están sindicadas 976.793, y entre ellas, muy pocas en cargos y una sola en la Junta Directiva Nacional.

Estos datos pueden conducirnos a una idea falsa: que las cosas son similares a nuestro país; pero es claro —y no hay que perderlo de vista— que estamos en niveles mucho más bajos. Pero conviene centrar las diferencias, menores, en realidad, de las que se suele pensar, no para bien de nuestra casa, sino para mal de la alemana. La sociedad alemana, a pesar de su desarrollo espectacular y su elevadísimo nivel de vida, no excluye que mantenga modelos socioeconómicos emparentados con el nuestro —grandes diferencias, estratificación, desigualdad de oportunidades—, de tal manera que, aunque comparativamente, clase a clase, por así decirlo, estén mejor, las estructuras son semejantes y las desigualdades de oportunidades remiten a los mismos conceptos de capitalismo. En cuanto a los esquemas socioculturales, a pesar de su apariencia de sociedad más emancipada, las estadísticas desmienten la supuesta igualdad de la mujer y la reducen a una pobre y discriminada participación proporcional, cualitativa y cuantitativa.

Lo cual no excluye que la mujer alemana —y por una serie de razones que nos remontarían acaso en la antropología, la psicología o yo no sé qué ciencia— es fuertemente matriarcal. Esta estructura informa vigorosamente a una sociedad inmovilista, según los esquemas famosos en sociología: las tres «Kas»: Kinder, Küche, Kirche. Los niños, la cocina —es decir, el hogar, en el sentido más tradicional de núcleo familiar y en cierto modo atomizador asociado— y la Kirche, la Iglesia.

Last but not least, el papel de la Iglesia —las dos, católica y protestante— en Alemania Federal es, contra lo que se pueda pensar desde feudos tradicionalmente ya conquistados, tanto o más preponderantes que en países latinos o más subdesarrollados. Las relaciones Iglesia-Estado son tan estrechas que colaboran en muchos terrenos, como el de la beneficencia, en el que Caritas es un ejecutor principal de muchas labores en las que el Estado o los Estados son subsidiarios. Y, sobre todo, los ciudadanos alemanes pagan religiosamente —y nunca mejor empleada la expresión— sus «Kirchens-teuer», impuestos eclesiásticos. Cantidades nada desdeñables, porcentajes directos sobre los im-



El nombre de Angela Davis movilizó varios miles...

otras en la prensa o en los libros, intentan rellenar el «gap» existente entre el análisis científico que los pensadores marxistas —sociólogos y economistas—, sobre todo de la Escuela de Frankfurt, hacen de las actuales estructuras socioeconómicas y la conciencia del ciudadano medio. Este no puede concebir un modelo más perfecto que el existente, y cuando se le desvelan contradicción tras contradicción sufre un trauma y un ataque en su orgullo nacional. En el capítulo siguiente intentaremos abordar esta temática por el bies político, pero sólo en el socioeconómico hay síntomas que merecen destacarse. Además de las desigualda-

dos Alemanias, no sólo económica, sino social, jurídica y política.

Así, una comparación entre los grados de formación escolar y superior que alcanzan en los dos países arroja las cifras siguientes: las chicas, en la República Federal, están presentes en su proporción demográfica en escuelas primarias, que son obligatorias (el 65 por 100 no pasa de ese período de sus nueve años), y superiores a su proporción en las

tarias el 45 por 100. En cuanto a diversos trabajos de alta cualificación, en la RDA parecen contar bastante más sobre las mujeres. Así, en especialidades, como proceso de datos (79,4 por ciento), mecánica electrónica (61 por 100), plásticos (78 por 100), las proporciones son masivas, mientras que en la Bundesrepublik, en oficios similares, desciende en picado: electricidad (0,07 por 100), química (1,23 por ciento), fibras artificiales (0,00 por 100).

En la República Federal —pasando al terreno político—, sólo un 6,9 de los diputados al Parlamento eran mujeres (en la RDA, el 30,6 por 100), y en la

(2) Helga Deppe-Wolffinger, Jutta van Freiberg: Zur sozialen Lage der Frauen in der BRD und in der DDR. Blätter für Deutsche und Internationale Politik. April-1971.



Una comunidad, con un grado muy característico de estartificación.

puestos estatales, y que el propio Gobierno se encarga de recolectar. Lejos de la obsoleta, incómoda e insegura época del cepillo parroquial, los ciudadanos cotizan y son controlados por ese método, gracias al cual las dos Iglesias suponen una potencia nada desdeñable, como economía y como grupo de presión. En un lánders como Baviera no se puede hacer gran cosa sin contar con ella. Sin embargo, como diría Bob Dylan, «things are a changin'» —las cosas están cambiando: hay una cierta intranquilidad entre los creyentes alemanes—. Existe no sólo el «gap» entre las vanguardias progresistas y los de Misa de once, con órgano. Una encuesta realizada en 1970/71 por el sociólogo suizo de la Universidad de Freiburg Gerhard Schmidtchen («Zwischen Kirche und Gesellschaft»: «Entre Iglesia y Sociedad») con una muestra representativa de la población y clero católico de la República Federal. Entre otras conclusiones, críticas y sintomáticas destaca esta: uno de cada cinco católicos más joven de treinta años ha pensado ya seriamente en abandonar la Iglesia. Concluye Schmidtchen: «Si se ponen en cuestión todos los motivos por los que se pertenece a la Iglesia, en definitiva queda pendiente una cuestión financiera. Se pagan "Kirchens-teuer (impuestos eclesiásticos). ¿Para qué, en realidad?».

Pero —no hay que hacerse ilusiones— la sociedad alemana: opulenta, conservadora, acrítica, en una inmensa mayoría no es consciente de estas grietas. Sólo

revistas como *Spiegel* o especializadas de sociología, o más o menos radicales, como *Konkret* (que no puede evitar tener una galería de bellos desnudos en portada y entre artículo y artículo), así como la batería de publicaciones «rojas» de carácter universitario, donde todo extremismo, todo revolucionarismo es sospechoso de poco comprometido y toda crítica siempre teme ser poco radical, toman por su cuenta las múltiples contradicciones de la inconsciente sociedad alemana. Mientras tanto, cada familia en su hogar, cada profesión en su clase, cada grupo social en su rol. Pero todos uniformados en una serie de alienaciones —presos de una dialéctica erotismo-represión, ahorro-consumo, trabajo-vacaciones, integración-promoción—, todos en un ensimismamiento materialista, donde el dinero lo es todo y los valores culturales juegan un papel secundario y formalista. La conciencia nacional se autoalimenta en una especie de placenta psicológica hecha en un chauvinismo infantil, en el que las victorias económicas, técnicas o deportivas parecen sustituir en el subconsciente popular el triunfalismo de las campañas de Rommel y de Von Paulus. Del espíritu de la Olimpiada de Berlín 1935, con todas sus connotaciones políticas de entonces, a la actual de Munich 72, a grandes rasgos no existen muchas diferencias. Su despliegue económico, el —¿por qué no decirlo?— despilfarro nuevorrico que suponen las instalaciones supercosto-

sas es poco comparado con la voluntad de autoafirmación nacional que supondrían las medallas doradas, plateadas, bronceadas. El espíritu competitivo —más allá del coubertinismo—, una lección aprendida de la economía de mercado, y libre empresa que adoptaron los alemanes al pie de la letra de cambio americana antes de hacer examen de conciencia y huyendo del gran vacío de la posguerra.

Actualmente, entre el nacionalismo germánico, renacido de sus cenizas humildes, y la plataforma económica que han adoptado como su segunda patria, surge el fantasma de la inquietud. Los progresos de la República Democrática Alemana —durante años sometida a la feroz contrapropaganda de la era Adenauer, que la humillaba relegándola a su categoría de «Zona Soviética de Ocupación»— causan la desazón en el ciudadano medio. Se duda entre la alemanidad que une y la zozobra que causa un sistema político-económico denostado y opuesto, y que, sin embargo, venciendo dificultades de bloque y stalinismos aparte, ha pegado un salto espectacular. El que hoy «la otra Alemania» sea el noveno país industrial del mundo ya hace hablar orgullosamente a mucho ciudadano medio de la RFA, a pesar del lavado de cerebro anticomunista de la prensa Springer. Pero tanto ésta como toda en general no pueden evitar hablar constantemente. Los «Ostverträge» de Brandt, la política de puertas abiertas con la RDA en Berlín son otros tan-

tos elementos de inquietud y duda en una Alemania, a pesar de su riqueza, aburrida y a la búsqueda de su sentido.

Un sentido patriota que se pregunta muchas veces cuál es su nación, si la República Federal o todo el territorio antiguo. Y al mismo tiempo esta arrogancia competitiva, este exhibicionismo triunfalista de sus méritos y riquezas traiciona muchas veces una inseguridad. Tras el orgullo hay, en muchas manifestaciones germanas, una notable falta de entidad específica, como una conciencia de que tras la capacidad tecnológica, planificadora, bancaria, no hubiera un soporte. El *Ordnung*, el orden, como forma vacía decontentada. Si no, no se explica que en el reverso de la moneda chauvinista brille —en los momentos de lucidez y sinceridad— una serie de admiraciones extranjeras. De los Estados Unidos, cuyo modelo económico, tecnológico ha constituido la base de su actual estructura y cuyas formas sociológicas, culturales se esfuerzan en seguir más que consiguen transportar. Los USA, la civilización yanqui, fascina, y es tanto puerilmente, en el espíritu popular, la imagen que seduce por su brillantez, su opulencia, su creatividad imaginativa. El traslado de los módulos norteamericanos hacia un «german way of life» no da siempre resultados satisfactorios.

Evidentemente, en Europa, Gran Bretaña es otro modelo respetado, sea por su papel histórico imperial que los germánicos nunca han sabido realizar, o sea en general por todo el estilo de vida, la calidad de su tecnología, la elegancia, el «design», la síntesis de una tradición —incluida una bien llena decadencia— y una modernidad. Cada «elegante» alemán es un inglés mal cortado, y el imitado y no conseguido «style» es una frustración más. Y aunque la juventud se vista de «mini», sosa se queda. Francia, ¡ah!, la France: no hay más que ver la publicidad alemana y la cantidad de tópicos franceses para descubrir la profunda envidia al «savoir faire», «savoir vivre», al «sovoir» todo. Arte, gastronomía, moda, cultura francesa son fijaciones y exigencias de todo alemán que se las dé de algo. En cuanto a los italianos y españoles, la latinidad es el gran «sehnsucht» (añoranza, nostalgia) nacional: una auténtica frustración que hace suspirar al repasar el álbum de fotografías de vacaciones. ■ G. L. D.-P. Fotos: ARCHIVO.

En el próximo número,
2.ª PARTE